

que no caen bajo el dominio de los sentidos, en tanto que los positivistas hacen profesión de no importarles absolutamente nada las cuestiones que la experiencia no pueda resolver. ¿Qué es la religión dentro de ese orden de ideas? Es el grado más bajo de la civilización, y rige á la humanidad sólo en su infancia. Cuando los hombres se desprenden de los lazos de la fe, quedan todavía encadenados en los de las abstracciones filosóficas. Pero tienen que realizar un último progreso, cual es el de abandonar los sueños de la metafísica y los de la religión, para atenerse á lo que es positivo, esto es, á los hechos físicos y sociales que son del dominio de la experiencia y del cálculo. De este modo, todos los grandes problemas que desde remotos siglos vienen siendo el tormento del espíritu humano, pero atestiguando también su grandeza, la creación, la Providencia divina, y la libertad humana, la lucha del bien y del mal en el hombre y en el mundo, la creencia en una vida futura que complete nuestra existencia, todo eso no sería más que un sueño, y para consolarse de los misterios de su destino, el hombre no tendría más que la ciencia de la naturaleza y de sus maravillosas aplicaciones: telégrafos, caminos de hierro y buques de vapor, telares de lino y de algodón, turbinas y máquinas de toda especie, tales serán los únicos pensamientos, las únicas ocupaciones dignas de los hombres de nuestra época. Oigamos un momento á M. Littré:

"La misma tradición histórica es la que, sin nada de arbitrario, de pasajero y de fortuito, nos conduce al reinado de la industria. *Ante la industria todo el pasado cae y se desvanece sucesivamente.* Para el hombre moderno no puede ya haber otra ocupación temporal ni otra actividad práctica más que la ocupación y la actividad industrial... Si el advenimiento del régimen industrial es inevitable, lo es también que los jefes de la industria sean nuestros jefes temporales... No tenemos necesidad de Césares ni de reyes que concentren en sus manos el poder de la espada; esas funciones, preeminentes en otro tiempo, no tienen ya ocupación. En cambio tenemos necesidad de directores que sepan conducir los trabajos pacíficos de la industria con firmeza é inteligencia... Allí es adonde debe llegar todo el poder temporal," (1).

(1) LITTRÉ, *Conservación, revolución, positivismo*, p. 119.

El autor no habla del poder espiritual; ese poder supone almas, y el alma es uno de esos sueños de la religión y de la metafísica de que los positivistas han librado á los hombres. ¡Dichosa la humanidad que hallará su satisfacción en fabricar hierro y en hilar lino y algodón! Pero, ¿y el sentimiento? ¿Y la aspiración á lo infinito? ¿Irán los poetas á recibir sus inspiraciones á las fábricas y á los telares? ¿Irán Beethoven y Mozart á recibir lecciones de armonía á los sitios donde rugen las máquinas de vapor? Un discípulo de Comte, el gran sacerdote del positivismo, nos ha hecho saber que el hombre tendrá siempre un culto: se adorará á sí mismo. En realidad de verdad, el hombre no ha adorado nunca más que á la humanidad (1). Esta frase es de Feuerbach. El filósofo alemán es una gran inteligencia, y Littré no es indigno de aparecer á su lado. ¡Y bien! Nosotros preguntaremos á esas inteligencias de primer orden si encuentran su satisfacción en adorarse á sí mismas. El hombre no adora más que á la perfección: ¿cómo habría de adorar á un ser tan imperfecto como él mismo! Y después de todo el lote y el padecer de los hombres superiores, ¿no es cabalmente el sentir mejor que los demás las imperfecciones de su razón y los desfallecimientos de su voluntad? Y cuando se hallen en uno de esos momentos en que digan con San Pablo: Yo quiero el bien, y no lo hago; yo detesto el mal, y lo practico; ¿estarán también entonces dispuestos á adorarse?

Pero á qué continuar estas interrogaciones... Nos parece que la humanidad no está dispuesta á hacerse positivista á la manera de Augusto Comte. Ni siquiera creemos que los escritores que á él están afiliados como á su maestro se hayan convencido de su doctrina; por lo menos, no aceptan todas las consecuencias. Por lo que á nosotros hace, no es imposible tomarla en serio. Si hemos insistido en dar cuenta de esos extravíos, es porque forman una señal de los tiempos que tiene suma gravedad. Se necesita que las religiones y las filosofías oficiales dejen la inteligencia y el alma bien vacías para que Littré y Stuart Mill puedan aliarse con Augusto Comte, el más falso, el más insípido, el más enojoso de los profetas. Ya

(1) *Observaciones generales sobre la doctrina positivista*, por LOMBRIL. El autor dice que su obra fué revisada por Augusto Comte.

es tiempo de que examinemos las causas de la incredulidad. Un hecho por sí mismo no prueba nada; lo que se necesita conocer es la razón de las cosas. Pues bien; ó mucho nos engañamos, ó la incredulidad misma atestigua religión, y más de un incrédulo se halla más cerca de la fe que los ortodoxos.

§ II. — Las causas.

I

¿Es cierto que todos los que se llaman incrédulos quieren arrojar á Dios de la sociedad? Hay que desconfiar de los ortodoxos, protestantes ó católicos, cuando hablan de la incredulidad, porque creen fácilmente que negar la divinidad de Jesucristo es negar el Dios personal, y á sus ojos, negar que Dios Padre sea un viejo con una larga barba, rodeado de ángeles y serafines, es tanto como negar la divinidad. Esas imputaciones demuestran la estrechez de espíritu de todos cuantos las hacen. No; los deístas no son ateos, y los panteístas tampoco. Dios nos dé incrédulos como Voltaire é impíos como Spinoza. Hay más: no basta decir: se predica el ateísmo, se hace una propaganda de materialismo, se levantan altares á la nada; es necesario ver qué sentimientos animan á esos apóstoles de nuevo género; es necesario inquirir las causas de ese movimiento de incredulidad que nunca ha sido tan violento como después de la reacción tan celebrada de la ortodoxia cristiana. ¿No podría suceder que un exceso hubiese producido otro exceso? Los que atacan todas las creencias religiosas con tanta violencia, ¿acaso no confunden la religión con el cristianismo tradicional? ¿Acaso no es la misma guerra de Voltaire contra la infame, es decir, contra la superstición, contra el error y contra la mentira?

No es nuestro ánimo justificar el ateísmo ni legitimar el materialismo; nuestros Estudios son una glorificación de Dios y de su acción sobre la humanidad. Mas precisamente porque estas creencias están en nosotros tan arraigadas, precisamente porque estamos convencidos de que la religión es el pan de vida de la humanidad, hacemos empeño en restablecer la realidad de las cosas. Los partidarios de la ortodoxia cristiana hacen bien en exhalar gritos de angustia, porque es su fe la

que pelagra, y mejor dicho, está ya arruinada. Pero los hombres del porvenir no tienen nada que temer de la incredulidad; nosotros la miramos cara á cara y sin temor, seguros como estamos de que allí donde se muestra absoluta é incurable no es más que un mal pasajero. Los mismos que han señalado la gravedad del peligro lo declaran. "El ateísmo, dice el pastor Naville, se manifiesta en la historia con los caracteres de una enfermedad crónica cuyas recrudescencias son crisis pasajeras. Las fuerzas vitales de la naturaleza humana triunfarán siempre. Desde que el ateísmo se anuncia abiertamente, la conciencia general protesta: jamás se llegará á persuadir al hombre que se contente con la tierra y con lo que ella pueda darle; se lo veda absolutamente su naturaleza. El hombre es demasiado grande para ser el hijo del polvo; el hombre es demasiado miserable para ser la cumbre divina del universo. "Si él se eleva, dice Pascal, yo le abato; si él se abate, yo le elevo," (1).

La incredulidad verdaderamente no es más que una oposición al cristianismo tradicional; y hasta cuando niega toda religión, lo que realmente ataca es al catolicismo. Hay un escritor cuyas paradojas han espantado al mundo; al decir que la propiedad es el robo y que Dios es el mal, parece que Proudhon ha llevado la impiedad hasta los últimos límites y que ha trastornado la sociedad hasta en sus cimientos. Pues bien; el audaz sofista, que prescinde de todo género de conveniencias, obedece él mismo á la vulgar preocupación, y sus tiros no llegan tan lejos como él cree ó como quiere hacer creer. Los católicos no comprenden que haya un verdadero cristiano fuera de la Iglesia, ni creen que pueda haber religión fuera del catolicismo; esas creencias se les imbuyen desde la cuna, y entran en la masa de su sangre; llegados á la edad de la razón, en vano rechazan la fe de su infancia; quedan siempre imbuidos de la idea de que el catolicismo es el verdadero cristianismo; y como no pueden creer en sus misterios ni en sus milagros, se imaginan que el cristianismo ha concluido. De eso á pensar que toda religión debe concluir hay poca distancia, y tal es, en realidad, el orden de las ideas de Proudhon.

Comienza éste por sentar como un axioma que todas las religiones son idénticas en el fondo, de

(1) NAVILLE, *El Padre Celestial*, discurso 3.º, p. 140-142.

lo cual se sigue que no hay ni puede haber más que una sola religión y una sola Iglesia. Y como la Iglesia católica es aquella cuyo dogma, cuya disciplina y jerarquía realizan mejor el tipo de la sociedad religiosa, de ahí el que todos aquellos que sostienen la idea de religión sean, en realidad, católicos, y quieran ó no, tengan que confesar al Cristo y su doctrina, aceptar el sacerdocio que él ha establecido, reconocer la infalibilidad de los concilios y del soberano pontífice y colocar la cátedra de San Pedro por cima de todos los tronos. Según ellos, para llegar á esas enormidades basta creer en Dios, en la necesidad de la religión y en la existencia de una Iglesia. ¿Queréis abandonar el catolicismo y conservar vuestra fe en Dios?... ¡Imposible! Fuera de la religión católica no queda más que la filosofía, y quien dice filosofía excluye la religión, porque la filosofía es el análisis, la demostración; y ¿cómo conciliar los misterios con los procedimientos severos de la ciencia? (1).

Nosotros preguntaremos á Proudhon cuál es la religión que predica misterios. Es el cristianismo tradicional, no el cristianismo de los protestantes avanzados, y nosotros podemos añadir que tampoco es el cristianismo de Jesucristo. ¿Cuál es la religión que enseña que Jesús ha establecido un sacerdocio y que ha dado al jefe de su Iglesia la infalibilidad y la omnipotencia? No es por cierto el protestantismo, ni el de los ortodoxos ni el de los liberales; es el catolicismo romano. Y por creer en Dios, en la necesidad de una religión y de una Iglesia, ¿había de ser forzoso aceptar la fe romana? Hé ahí una de esas atrevidas paradojas tan del gusto de Proudhon y que están tan en contradicción con la historia como lo están con la razón. Importa mucho señalarla para demostrar cuál es la verdadera causa de la incredulidad.

La de Proudhon, la más absoluta de todas, procede de la oposición contra el cristianismo tradicional, lo cual es natural y lógicamente necesario. Todos los días estamos viendo desertar de la Iglesia hombres que están muy lejos de ser proudhonianos, y al abandonar la fe de sus padres, vemos que las abandonan todas. Esta falta no es tanto de ellos como del catolicismo: es una de las maldiciones que acompañan á la Iglesia romana;

(1) PROUDHON, *de la Justicia en la revolución y en la Iglesia*. Estudio 1.º, p. 24; id. 2.º, p. 51.

tanto y tan bien enseña que fuera de su seno no hay religión ni salvación posible; tanto desnaturaliza la religión, identificándola con ciertos misterios y con ciertos dogmas que dice revelados, que aquellos que la abandonan, aun siendo espíritus tan vigorosos como Proudhon, conservan el error que ha oscurecido su razón y alterado su conciencia (a). Cosa singular y que debería abrir los ojos á los incrédulos que se apartan del catolicismo, los cuales continúan católicos, aun haciéndose incrédulos; católicos en el sentido de que emplean el lenguaje de los apologistas del cristianismo tradicional y hacen el negocio de la Iglesia, siendo sus enemigos encarnizados, porque fomentan la preocupación de que fuera del catolicismo no hay religión posible, y esta preocupación retiene en el seno de la Iglesia á gran número de personas que no creen ya en lo que ella enseña, pero que están convencidas de que es necesaria la religión á la humanidad, ó, por lo menos, al pueblo.

En nuestros Estudios sobre la Reforma hemos tratado de demostrar que aquella preocupación es un error profundo, y en este mismo Estudio completaremos la demostración; nos basta, por el momento, hacer constar el hecho de que los ataques más violentos dirigidos contra la idea de religión van, en realidad, encaminados al cristianismo tradicional, y, sobre todo, al catolicismo. Cuando una vez se encuentra el principio de la incredulidad, pierde ésta su importancia, y cambia en cierto modo de carácter; queda siendo en el fondo una crítica de ortodoxia cristiana que no tiene más que un valor histórico. Cuanto más radical parezca, más hay que recordar que es un falso concepto de la religión el que enciende sus cóleras y sus odios; y por más que quede triunfante, á nosotros no nos causará temor alguno, porque el vencido es un enemigo común, es el catolicismo, no es el cristianismo, no es la religión (b).

(a) Esa explicación no es satisfactoria, no puede convencer, porque no es verdadera. Los que atacan todas las creencias es porque no tienen ninguna, no porque se figuren que no creyendo en el catolicismo romano no se debe ni se puede creer en otra cosa. Es hacer demasia to necio á Proudhon el suponer que lo negó todo porque se veía precisado por su razón á negar algo ó algunos del cristianismo tradicional. Esa suposición es ofensiva, no sólo para Proudhon, inteligencia de primer orden, sino para cualquier cristiano regularmente educado. La explicación es pueril; no es esa la causa de la incredulidad, y la transcendencia de ésta es mucho mayor de lo que afecta creer el autor.—(N. del T.)

(b) Entiendo que se equivoca lastimosamente Laurent. No es el ateísmo materialista, sino el escepticismo volteriano,

II

Se verifica ante nuestra vista un hecho notable que debería hacer reflexionar á la Iglesia y á sus defensores. En nuestras luchas políticas muchos hombres de creencias católicas se unen á los librepensadores, á los indiferentes, á los incrédulos, para votar contra los candidatos ortodoxos que el episcopado les recomienda. ¿Cómo es que esos fieles desobedecen abiertamente á su santa madre la Iglesia? Es que entre los hombres del siglo XIX hay una antipatía invencible á la dominación clerical; y quien dice catolicismo dice dominación del clero, dominación que la humanidad moderna rechaza á todo trance. Por eso los apologistas de la religión católica se afanan en demostrar que esa dominación tan temida por los liberales es una quimera, es ya historia antigua, y que hablar del imperio tiránico de la Iglesia en nuestra época es un anacronismo de muchos siglos. Pero esas apologías no son escuchadas. El temor de la dominación clerical está profundamente arraigado en los ánimos, y los actos de la Iglesia y de sus jefes lo justifican demasiado. Oigamos al papa Pío IX.

Los soberanos pontífices se complacen en lamentarse de la incredulidad del siglo y de la triste condición de la Iglesia. Están en su derecho, y quizá cumplen con su deber. Pero ¿de qué acusan á los incrédulos? ¿Y en qué es tan miserable la condición de la Iglesia? Que el padre santo exhale ayes de dolor cuando ve atacada y en ruinas la creencia en lo sobrenatural, nada más justo, puesto que la religión de que es jefe no consiste más que en misterios. Pero ¿acaso es la religión, es decir, el vínculo entre el hombre y Dios, lo que más preocupa al santo padre? Las quejas que resuenan todos los días en los consistorios se refieren á la Iglesia y á su poder mucho más que á la fe. Posible es que el catolicismo ciegue los ojos hasta tal punto que el papa se halle muy convencido de que la salud de las almas está en peligro cuando se toca

minan por su base todo cristianismo y toda religión, puesto que niegan el espíritu, ó, lo que es lo mismo, la voz de la conciencia, producto de una voluntad libre é inteligente. El materialismo ateo no triunfará en definitiva, pero perturba, disgrega y más adelante pervierte; produce con el rebajamiento el caos, y detiene el progreso de la humanidad. Ese es el valor histórico que tiene la incredulidad absoluta y aun la indiferencia cínica ó hipócrita.—(N. del T.)

á los diezmos ó á la jurisdicción eclesiástica. Lo cierto es que acusa á los incrédulos de que echan por tierra la revelación divina, é inmediatamente añade que también destruyen *la autoridad y el poder de la Iglesia*. Pero lo que más le llega al alma es que los enemigos de la religión *nieguen audazmente todo poder de origen divino, y que no se avergüencen de afirmar que la filosofía y las leyes civiles pueden y deben declinar la autoridad de la Iglesia*; que se atreven á negar que la Iglesia es una *sociedad perfecta*, es decir, un Estado con poder legislativo, ejecutivo y judicial, y que no quieran reconocer que es á la Iglesia á quien compete definir sus derechos y establecer los límites dentro de los cuales debe ejercerlos (1).

Si la Iglesia estuviera en condiciones de practicar esa doctrina, no quedaría en pie ni libertad política ni libertad religiosa; la humanidad sería un rebaño, del cual serían pastores el papa, los cardenales y los obispos. Siendo tales las pretensiones inmutables de la Iglesia, no hay que admirarse de que el temor y el odio á su dominación duren siempre. Aquellos de nuestros contemporáneos que alcanzasen á conocer los últimos años de la restauración recordarían que en aquella época ya no había un solo creyente en las nuevas generaciones; todos nosotros participábamos de las pasiones que habían encendido los trabajos reaccionarios del catolicismo en Francia y en otras partes; habíamos vuelto á los buenos días de Voltaire y de la enciclopedia. Lamennais decía en 1828 en una carta confidencial: "Causa horror el leer casi todo lo que se imprime; es una mezcla confusa de gritos de alegría y rugidos de rabia, cánticos de triunfo y de muerte; parece que salen de cabezas embriagadas con el humo del infierno. Hay, sobre todo, un odio al cristianismo y un odio á Dios que llena el alma de espanto." (2).

¿Cuál era la causa de ese desbordamiento de impiedad? Lamennais dice que eran las locuras de la reacción católica, el temor y el horror que inspiraban los jesuitas. Ese mismo espectáculo se reprodujo en Alemania. Después de la guerra de independencia, pasó por la Europa un viento religioso, y los alemanes, almas entusiastas, se enamoraron

(1) *Allocución de Pío IX en el consistorio del 9 de Junio de 1862* (*Diario histórico*, t. XXIX, p. 129).

(2) *Carta del 11 de Marzo de 1828 á la condesa de Senfft* (*Correspondencia de Lamennais*, t. 1, p. 374).

ardientemente de la Edad Media. Al lado de los cándidos y de los sencillos hay siempre malignos y perversos que explotan los buenos sentimientos. Renovóse la antigua alianza del altar y del trono: la Iglesia predicaba la obediencia, y los príncipes protegían á las gentes de Iglesia. Los alemanes, á pesar de su bonhomía, acabaron por comprender que estaban siendo las víctimas de su amor á la Edad Media; ellos aspiraban á la libertad política, y se trataba de consolarles de su servidumbre con la esperanza de gozar del cielo: era una sangrienta ironía; y cansados de una felicidad imaginaria, aspiraron á que el mundo actual se organizase de un modo que diera satisfacción á sus derechos y á sus necesidades. Esto produjo una reacción completa contra la religión del otro mundo. Un exceso conduce á otro, y la predilección por las catedrales góticas, por los vidrios de colores y por las santas leyendas, hizo lugar á una tendencia materialista, al término de la cual se encontraba el ateísmo (1).

El odio contra las gentes de iglesia es inseparable del odio contra el catolicismo: de ahí el singular espectáculo que ofrecen los países católicos por excelencia. En ninguna parte, se dice, hay menos fe, por lo menos en las clases ilustradas, que en España y en Italia, donde se reparten el terreno el ateísmo y la idolatría; cuanto más violenta es la compresión, tanto más radical es la rebelión. En Francia y en Bélgica la libertad religiosa suaviza la oposición de las creencias, y, sin embargo, las increíbles pretensiones del partido ultramontano, la recrudescencia de la superstición, las contemplaciones del gobierno con un clero fanático y ambicioso, han encendido las pasiones antirreligiosas. Un escritor francés dice que no parece sino que estamos en el siglo XVI, y que el día menos pensado se verá resucitar la Liga. Peor que eso: en el siglo XVI todos los partidos eran cristianos, y se mataba y se asesinaba en nombre de la religión. En el día es la incredulidad absoluta, es el ateísmo el que disputa las almas al cristianismo tradicional y á toda religión. Pero lo que los incrédulos persiguen con todo su odio es la dominación de una Iglesia que restablecería las hogueras de la Inquisición si mañana tuviera poder para ello. Hé ahí por qué encuentran auxiliares hasta entre los fieles.

(1) GIESELER, *Kirchen Geschichte*, t. v, p. 27.

A primera vista cuesta trabajo comprender que se despierte tanto odio contra una dominación que cada día se hace ya más imposible; consiste en que la oposición se dirige á las creencias de la Iglesia no menos que á su ambición. Y eso es natural y forzoso, porque el fundamento más seguro del poder de la Iglesia, fundamento incontrastable si fuera real, es precisamente su dogma. Hay, pues, de parte de los que combaten la Iglesia, una hostilidad latente contra la religión, dense ó no cuenta de ello; y si la lucha es tan ardiente, consiste en que tiene por objeto creencias é ideas (a). La humanidad no puede ya creer lo que la Iglesia quiere que crea; hé ahí por qué el combate es á muerte.

III

Hemos dicho muchas veces en el curso de estos Estudios que la incredulidad va necesariamente en pos del catolicismo, y hay que añadir que también acompaña al protestantismo ortodoxo, porque es la creencia en una revelación milagrosa la que subleva las conciencias contra la religión tradicional. En el seno de la Iglesia romana, nadie se atreve á confesar esa lucha intestina; al contrario, se niega invocando la unidad y la inmutabilidad de aquélla. Pero todo eso es pura ficción: hay millares de hombres en apariencia católicos, y que realmente están en el campo de los incrédulos, siendo tanto mayor su incredulidad cuanto que una coacción moral les obliga á disfrazar sus sentimientos: les sucede lo que á los librepensadores de España y de Italia, que protestan públicamente de su respeto á la fe, sin perjuicio de arrastrar por el lodo, pero entre cuatro paredes, á la religión y al Crucificado (b). En las sociedades protestantes se reconoce francamente que la ortodoxia es la fuente de la incredulidad. Así lo declara uno de los hombres más distinguidos de los tiempos modernos.

(a) Aquí ya conviene Laurent en lo que más atrás ha negado. El ateísmo disputa las almas al cristianismo tradicional y á toda religión. No disputa las almas, las niega. Y desde entonces, ¿qué falta le hacen religión ni ley moral alguna? Fuerza y materia, dolor y placer. Eso es todo para él. — (N. del T.)

(b) Mucho daño nos ha hecho la inquisición, es verdad; mucho la intolerancia, ciertísimo. Pero todavía hemos conservado los españoles nobleza de carácter y energía de voluntad para sostener en público doctrinas contrarias al catolicismo romano, y para no llenar de lodo en secreto á la religión ni al Crucificado. El autor no nos conoce bien, y es disculpable. — (Nota del Traductor.)

Pregunta Jefferson cuáles son los mayores enemigos de Cristo: "Son aquellos, contesta, que pretenden ser sus discípulos por excelencia, y que se llaman depositarios de su doctrina, mientras que la alteran para hacer artículos de fe tan imaginarios como incomprensibles. Día llegará en que la mística generación de Jesús por su Padre, el Ser Supremo, en el seno de la Virgen María será relegada al catálogo de la de Minerva saliendo de la cabeza de Júpiter." Jefferson espera que la razón y la libertad de pensar disiparán ese edificio fantástico, y restablecerán la verdadera religión de Jesús, "el más venerable de los sabios que han emprendido la reforma de los errores de los hombres." El político americano trata de precisar las creencias que, con alguna certidumbre, se pueden atribuir á Cristo, y las reduce á tres: "No hay más que un Dios, y ese Dios es la perfección. Hay una existencia futura, recompensas y castigos. Amar á Dios de todo corazón y al prójimo como á sí mismo." Los ortodoxos tratan de ateo ese cristianismo, que es el de Locke y el de los unitarios; aquéllos necesitan á todo trance misterios, necesitan del pecado original y de los tormentos eternos de los condenados para servir á la bienaventuranza de los elegidos. ¿Quién es el verdadero cristiano, aquel que cree en las enseñanzas de Jesús y que conforma á ellas su vida entera, ó el impio dogmatista que, en nombre de la divinidad de Cristo, condena á la inmensa mayoría de los fieles? Son usurpadores lo mismo Calvino y sus sectarios que Atanasio, Agustín y los suyos profesando otra religión que la del Evangelio, una religión formada con los sueños de sus enfermos cerebros. Jefferson dice que esa pretendida ortodoxia es tan extraña al cristianismo como la religión de Mahoma, y añade estas palabras, que recomendamos á los ortodoxos: "Esas horribles creencias han lanzado en la incredulidad á pensadores demasiado dispuestos á rechazar á Jesucristo como autor de los dogmas que falsamente le han atribuido. Si las palabras de Jesús hubiesen sido siempre predicadas con la pureza que tenían al salir de sus labios, hoy sería cristiano todo el mundo civilizado." (1).

Y la opinión de Jefferson no es aislada. En el primer año del siglo XIX, un ilustre teólogo,

Schleiermacher, publicó varios discursos sobre religión, y los dirigió á los que hacían gala de despreciarla en las clases superiores. ¿Por qué ese desdén en el seno de una nación tan religiosa y en el de una confesión que ha conservado la fe mejor que la Iglesia de Roma? Si los alemanes, si los discípulos de Lutero despreciaban la religión, es porque el cristianismo oficial no tenía ya nada de común con el sentimiento íntimo que forma la esencia de la religión; se reducía aquél á un montón de fórmulas que no decían nada á la inteligencia, porque eran incomprensibles, ni tampoco al alma, porque nada tenían de común con la conciencia (1). Desde entonces el mal ha ido en aumento, y las clases ilustradas han desertado de la Iglesia. ¿Por qué? Porque la Reforma, merced á una estúpida reacción, se ha hecho cada vez más católica, así en el dogma como en el espíritu intolerante y dominador del clero (2).

Se lamentan en Inglaterra de que la incredulidad más brutal invada á las clases inferiores. Es preciso ver cuál es el carácter de esa incredulidad y cuál es la causa. El secreto lo encontramos en una Revista de teología. Los obreros ingleses ya no son máquinas; la industria exige cierto grado de inteligencia, y aquellos que por la energía de su voluntad ó por el desarrollo de sus facultades naturales han adquirido alguna cultura y alguna comodidad, están tan orgullosos de su cultura y de la independencia que les proporciona, que no quieren ya abdicar á los pies de un clérigo. Y cuando se les viene á decir que su naturaleza está decaída, que su alma está viciada, que no hay más que un medio de alzarse de esa decadencia, el de la sumisión á la Escritura Santa ó á la Iglesia, su orgullo de hombres libres se subleva y dicen: "Si es eso la religión, preferimos no tenerla." Que se les predique, añade la Revista de teología, una religión conciliable con la razón, una religión que no conozca Iglesia ambiciosa é intolerante, una religión que no tienda más que á moralizar á los hombres, y esos rudos obreros la aceptarán con aclamaciones y dejarán al instante de ser incrédulos (3).

¿No sucedería lo mismo en los países católicos?

(1) SCHLEIERMACHER, *Reden über die Religion, und die Gebildeten unter ihren Verächtern* (Obras, t. I, p. 159).

(2) SCHENKEL, *Die kirchliche Frage*, p. 26.

(3) *The theological Review* a journal of religions thought and life, may 865, p. 258, 259.

(1) JEFFERSON, *Colección de obras políticas y filosóficas*, traducidas por COUBEIL, t. II, p. 364, 349.